

MARADONA, UN MITO PLEBEYO

ANTONIO
GÓMEZ
VILLAR(ed.)

NED
ediciones

© Antonio Gómez Villar, 2021 y de los autores

Cubierta: Vanina de Monte

Primera edición, octubre 2021

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2021

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl

ISBN: 978-84-18273-46-9

Depósito legal: B 13708-2021

Impreso en Sagrafic

Impreso en España

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

ÍNDICE

<i>La lucha de clases por otros medios</i> , Antonio Gómez Villar . . .	11
Un duelo popular, el de cada uno de los que lo lloran . .	21
<i>El 10</i> , Jorge Alemán	23
<i>Todos los duelos, un duelo (o hacerle gambeta al universal)</i> , Ana Cecilia González	25
<i>Tierra en la boca</i> , Manuela Bergerot y Carolina Meloni . .	30
<i>Una ofrenda para el altar</i> , Lilia Parisí y Verónica Lahitte .	35
<i>El dragón en su cueva</i> , Julián Melo	39
<i>Maradona, simbiote de la plebe</i> , Raimundo Viejo Viñas .	44
<i>La Maradona de Proust</i> , Jorge Moruno	50
<i>Maradona es Dios: ¿monoteísta o pagano?</i> , Javier Franzé .	54
<i>Maradona: el más cualquiera de todos nosotros</i> , Javier López Alós	60
Gambetas desde los feminismos plebeyos	67
<i>¿Feministas maradonianas? Sí, y qué</i> , Luciana Cadahia . . .	69
<i>Maradona, racismo y heterosexualidad obligatoria</i> , Adriana Carrasco	73
<i>¿Por qué queremos tanto al Diego si somos feministas?</i> , Nadia Fink, Lisbet Montaña Erazo y Camila Parodi .	79
<i>Si no puedo llorar no es mi revolución</i> , Noe Gall	86
<i>Maradona, la gambeta que no pudo evitar el purismo interseccional</i> , José Romero Losacco	91
Un legado sensible: la inversión del cuerpo	99
<i>Orfandad y gloria</i> , Horacio González	101

<i>Un ángel plebeyo</i> , Diego Sztulwark	107
<i>Maradona, último libertador onírico del mundo colonial</i> , Emiliano Sacchi	111
<i>Lágrima y lágrima en la polvareda</i> , Ezequiel Zaidenweg	118
<i>Un D10s silvestre</i> , Leandro Barttolotta	124
<i>Mi Diego</i> , Rodrigo Márquez Tizano	129
<i>El camino del héroe</i> , Maximiliano Crespi	132
<i>Diego Maradona y el sentido de la praxis</i> , Raúl Andrés Cuello	137
<i>La agonía diferida. El fútbol como forma de exterioridad</i> , Ivan Flores	141
<i>El deslenguado: desequilibrante y desequilibrado</i> , Santiago Slabodsky	149
<i>Maradona ha muerto, se nos murió el fútbol</i> , Luis Felipe Oyarzún Montes	156
<i>La muerte del dios plebeyo</i> , Malvina Silba	161
<i>Imágenes Maradona</i> , Gustavo Varela	167
Mito y afecto plebeyo	173
« <i>Maradoo</i> », <i>la imagen de un niño plebeyo</i> , Óscar Ariel Cabezas	175
<i>Maradona: epopeya y lírica de lo cotidiano</i> , Ángel Enrique Carretero Pasin	185
<i>Los hilos de lo extraordinario</i> , Giuliana Mezza	192
<i>El plus Maradona</i> , Javier Franzé	195
<i>Teología política de D10S</i> , Juan Domingo Sánchez Estop	202
<i>No eres tú (Maradona), soy yo (la política)</i> , José Enrique Ema López	208
<i>Maestros: pases e impases en la formación</i> , Roque Farrán	214
<i>Querido Diego</i> , Duen Sacchi	220

Poéticas y estéticas del Sur	225
<i>El duende de Maradona (por una estética del Sur)</i> , Jordi Carmona Hurtado	227
<i>Bestiario V: Un monstruo monstruoso</i> , Pedro G. Romero .	232
<i>Y Maradona llegó a Sevilla</i> , Gerardo Tecé	239
<i>Un debate flamenco y maradoniano</i> , Pastora Filigrana. . . .	244
<i>Maradona, populista</i> , Daniel Gamper	249

LA LUCHA DE CLASES POR OTROS MEDIOS

ANTONIO GÓMEZ VILLAR,
profesor de Filosofía en la Universitat de Barcelona

No escribo sólo con la mano: el pie siempre quiere escribir también. Firme, libre y valiente corre ya por el campo, ya por el papel.

F. NIETZSCHE, *La gaya ciencia*

El fútbol es una suerte de protesta con los pies, un momento de suspensión del trabajo manual. La tradición burguesa siempre consideró la mano el instrumento privilegiado de la civilización, posibilidad de toda habilidad. El espíritu burgués calcula, controla y clasifica; hace el cuerpo inteligible, lo subordina a formas de comportamiento uniformes y predecibles, introduce la regularidad y el automatismo. La cultura burguesa siempre fue racionalizada, domesticada, disciplinante, sublimación de la carga pulsional. Y desde este marco de sentido, la mano siempre ha sido considerada formal, racional y abstracta, un lugar del orden. El pie, en cambio, siempre fue señalado como lo más indócil, irracional, intuitivo e instintivo. La mano remite a un principio de higiene, siempre aseada; el pie, por su parte, se apoya en el suelo, en el barro, siempre sucio. Por eso otorgar poder a los pies es pretender una habilidad antinatural. Jugar con los pies es una invención poética, un misterio. Tal es la singularidad del fútbol: a diferencia de otros deportes, se juega con el pie.

Sin embargo, jugar al fútbol tiene mucho de cálculo geométrico. Es una lucha de formas geométricas en movimiento. Se

juega con la geometría, ciencia y cálculo en movimiento. Se dice que un buen entrenador es aquel que logra dar forma a su equipo hasta hacerlo reconocible. Para preparar bien un partido, se estudia al rival, se determina una posición táctica y se analiza cómo ocupar y controlar el espacio, una operación muy similar a la cuadrícula militar del espacio. El entrenador Luis Enrique dice que jugar al fútbol es imaginar triángulos por el campo, figura que posibilita siempre al menos dos opciones de pase. Por eso el pase nunca es causa, sino consecuencia de movimientos infinitos. Cuantos más movimientos, las opciones de pase se multiplican.

Tal destreza se ensaya en los entrenamientos a través de los *rondos*, jugadores dispuestos en un círculo para dar y recibir la pelota sin que el jugador que está en el centro logre tocarla. No es casualidad que sea en forma de círculo, pues es sabido que era la figura geométrica más perfecta para los griegos, la armonía entre el todo y sus partes, la eterna repetición del tiempo, la permanencia de lo estático. Lo escribió Platón en el *Timeo*: «Por esto redondeó el mundo hasta hacer de él una esfera [...] que es la más perfecta de las figuras». No deja de ser curioso que aprendamos a jugar en círculos en el interior de un rectángulo de juego, una particular cuadratura del círculo.

Los sistemas tácticos que emplean los entrenadores suelen reproducir las formas de división del trabajo, un reparto de funciones específicas dependiendo del lugar que se ocupa en el campo. Es una suerte de cadena de montaje sobre el césped. Si Marx me lo permite, diría que el diseño de una *alineación* es fuente de *alienación*. Frente al círculo como figura del orden de lo cerrado, contraponían los griegos el caos representado por el punto aislado y la línea, siempre imperfecta. Y así es como

muchos recuerdan el histórico gol de Maradona a Inglaterra en los cuartos de final de México 86, trazando una infinita línea recta. Sobre una pretendida geometría perfecta, irrumpe el barrilete cósmico, cual línea de fuga, abriendo el espacio fugándose. El gol de Maradona no se puede enseñar. Escapa de lo calculable, desautomatiza el gesto, excede lo esperado, lo desborda. Rompe la pragmática del fútbol, juega inventando la manera de jugar.

Su gesto encierra un misterio, y no sólo el misterio de jugar con los pies, también el misterio de lo plebeyo. Eso instintivo del pie de Diego Armando Maradona actúa como inconsciente colectivo plebeyo. Es un gesto que resuena en toda experiencia popular. El fútbol del Diego no es, como se suele repetir, la simple continuación de la guerra por otros medios. Diego nos convoca a un combate simbólico diferente: la continuación de la lucha de clases por otros medios. Su fútbol es una forma de geometría variable, haciendo figura con lo asimétrico de todo gesto plebeyo. Los discursos del *statu quo* siempre entienden el conflicto desde una simetría perfecta, desde la igualdad de los individuos como punto de partida, manera privilegiada de neutralizar la política. El conflicto plebeyo, en cambio, está marcado siempre por una asimetría esencial, negando la existencia de campos políticos simétricos.

El mito Maradona no deja de ser una expresión de rechazo del trabajo. No hay en él interiorización de la ética del trabajo, ni ideal ascético puritano como virtud moral estricta. No hay repetición ni mimesis productiva. No hay ahorro ni administración en su juego, sino despilfarro y ociosidad, atracción por el exceso, momentos de subversión de lo instituido. Su fútbol es una continua gambeta a lo productivo. Aunque inserto en la indus-

tria del fútbol, y por ello mismo sujeto a las exigencias de cierta disciplina laboral y racionalidad productiva, Diego no se deja atrapar del todo, hay siempre un resto que no puede ser leído en términos de utilidad, ni de capitalización o rendimiento, sino como insurrección permanente, despreocupada alegría, insubordinación y rebelión.

Chaplin nos revelaba en *Tiempos modernos* hasta qué punto el hombre mismo, para poder seguir el ritmo de la máquina, debía actuar como máquina, hacerse émbolo o palanca. Pero Charlot, como Maradona, escapa a todo, a los industriales que quieren esclavizarlo, controlar al individuo, domesticarlo para que sea productivo. Chaplin filmó los «tiempos modernos» de la pobreza, pero vinculó al pobre con una vida y una productividad liberada. El fútbol de Maradona siempre tuvo algo de *wildcat* (huelga salvaje), formas no sometidas a la disciplina, a la responsabilidad y la representación. Un acto de insubordinación política, de sabotaje contra los ritmos del trabajo. Maradona sólo triunfó en el Sur, en su Argentina natal y en su Argentina meditada, y en Nápoles. Y dicen que en el Norte se perdió. En Barcelona lo encontró todo menos el *seny*. Justamente porque careció de él, por ser icono del exceso y biografía siempre contradictoria, por las miserias que pisan siempre los pies en el barro, es que el Diego es un mito plebeyo.

Su rechazo del trabajo no es negación de la creatividad, sino expresión del repudio a una relación de explotación. Sus gambetas son la afirmación de la fuerza productiva proletaria y la negación de las relaciones capitalistas de producción. Contra la sumisión del fútbol a un trabajo repetitivo y cadente, reclama el orgullo de oficio, la apertura de un devenir, de posibilidades de creación. En cada jugada de Maradona no nos encontramos sólo

con el contenido de lo que hace y su cosificación para las eternas estadísticas (número de goles, número de pases, número de asistencias, etc.), sino con el acontecimiento mismo de vivir el fútbol de una manera bien distinta.

Quizás el fútbol nació como un acto de holgazanería. Convergamos que hay pereza en el acto de querer agacharse a coger la pelota con las manos. Jugando en el Sevilla, en un partido contra el Zaragoza, Maradona se dirigía a sacar un córner. De camino, se encontró una diminuta pelota de aluminio sobre el césped que minutos antes bien probablemente envolvía el bocata de algún aficionado. En un acto de suspensión del cumplimiento de la tarea burocrática —sacar un córner, qué pereza—, Maradona no se agacha a coger la bolita de aluminio y sacarla del campo, sino que levanta la pelotita con la punta de la bota derecha —la menos buena, para más *inri*— y le dio varios toques antes de sacarla del terreno de juego con un taconazo. El público se puso en pie y aplaudió el gesto inesperado como si de un gol se tratase.

Messi y Cristiano Ronaldo han representado en los últimos años el prototipo del cuerpo como engranaje, máquina de la producción capitalista, ortopedia del fútbol. Es un fútbol que pertenece al orden del deber ser. Habitan el espacio/tiempo como si justo antes de cada partido hubiesen leído la *Crítica de la razón pura*. Es cierto que Messi es un producto de la calle tanto como Cristiano Ronaldo lo es del gimnasio. Y es cierto que el gimnasio contiene el orden; y la calle la picardía, lo imprevisible y la espontaneidad. Pero Messi, aun habiendo crecido en la calle, parece mudo, nunca habla. Y a los pueblos nunca les gustó la mudez. De Maradona, en cambio, siempre se dijo que era un «bocón». Maradona desvaloriza y suspende el tiempo, le da

otra densidad, nos arranca de la temporalidad ordinaria, es un pibe de la calle. Por eso Messi nunca será un pibe.

Ahí reside el mito Maradona. Las identidades políticas siempre se construyeron a través de mitos, de imágenes, de dispositivos simbólicos. Las formas culturales crean significados y símbolos referidos a bases materiales encarnadas siempre en un cuerpo. Cualquiera de nuestras ideas o valores tiene una relación mucho más estrecha con una identidad ideal o imaginada, con imaginarios creados a través de identificaciones simbólicas más que con la convicción vivida. Pertenecen a la esfera de nuestra imaginación, pero, como bien postulaba Cornelius Castoriadis, la imaginación no es fantasía, sino «materia ensoñada».

Un mito no es lo opuesto a una verdad. Un mito es lo que vehicula, forja y funda una verdad. Un mito no es ni verdadero ni falso. Crea o no crea. Los mitos nos remiten a las poéticas necesarias para expresarnos, a las narrativas que cambian imaginarios, a las superficies de inscripción catalizadoras de afectos, soportes para expresar los afectos compartidos de comunidad. Como bien sabía George Sorel, los mitos tienen una función movilizadora, operan como energía identificadora. Por eso al Diego no se le puede tener, pero se le verifica en los afectos.

Maradona no es sólo una operación ligada a los contenidos imaginarios que introduce, sino a todo aquello que tal operación habilita y posibilita simbólica y materialmente. Digámoslo ya, el Diego es nuestro malestar transformado en obra. El mito Maradona es un modo de concreción de una verdad de lo plebeyo. Y como toda verdad plebeya es una verdad contradictoria. El *horror vacui* que anunciaban las imágenes de su funeral no es el horror de la alineación, de la masa embrutecida, sino el horror

de sabernos en una época carente de nuevos mitos que expresen lo plebeyo. La erradicación de las formas simbólicas y de los universos míticos ha sido siempre el eje de todo proyecto racionalizador. Maradona fue un dique de contención contra el desencantamiento del mundo. No un ansiolítico para negar nuestra realidad, sino una capacidad de desdoblarla, transformando el desencantamiento del mundo que siempre jugó a favor de los de arriba. Por eso su dimensión no es histórica sino mítica.

Antonio Gramsci, en su texto *La cuestión meridional*, consideraba que las fiestas religiosas no son un síntoma de sumisión, sino significados de deseo de otra vida y otro mundo. Algunos dicen que el fútbol, como la religión, es el opio del pueblo. Y lo desprecian por ser lo propio de masas animalizadas. Pero, paradójicamente, esos mismos querían que Maradona fuese un ídolo inmaculado y perfecto. Pero el Diego es un ídolo salido (literalmente) del barro. Nunca borró su marca de origen, nunca abandonó el campo popular ni lo traicionó. Es la picardía convertida en mito, Diego podría ser cualquiera de nosotros. Como en el teatro de Bertolt Brecht, socializa la experticia sobre el juego. Y murió también como uno de los nuestros. Otros hubieran preferido que muriera como hijo del espectáculo. Maradona fue el vuelo de un pueblo, ayudó a dar sentido a nuestros dolores anudando afectos y simbolizaciones colectivas. Es el misterio de la fe y, por ello, irrepresentable y común a todos. Y a eso lo llamamos pueblo.

La conocida «mano de Dios» no es sólo expresión de picardía, sino impulso de ascensión. Un Maradona secularizado, desacralizado. Es eso sagrado presente en las formas de lo plebeyo. No es que Maradona sea lo sagrado, sino que es la

irrupción de lo sagrado, sacralidad laica, irrupción que libera, incorporando otra cosa que no es él mismo. A través de su gesto, nos defendemos de la nada e insignificancia a la que todo orden nos arroja. Esa nada coincide con la etimología de lo plebeyo, de lo proletario. La lógica de lo plebeyo es siempre la de la irrupción, lo que irrumpe. Bien lo sabía Maquiavelo, es la lógica tumultuaria, el conflicto irresoluble, la fundación siempre impropia. Es siempre un momento de inadecuación, de anomalía y conmoción. Qué mejor metáfora podría dar cuenta del cierre de una época y el nacimiento de otra que la imagen de la mano plebeya de Maradona desafiante sobre lo divino frente al nuevo Dios VAR¹ que todo lo ve. De un lado, la expresión popular, siempre desbordante y excesiva; de otro, el límite, la cesura y el recorte. Lucha de clases lo llaman.

Si el Diego es un ídolo, lo es en un sentido dionisiaco, un santo pagano que nos permite experimentar lo infinito, la fiesta lujosa del pueblo, la energía sublimada como exuberancia estética yendo más allá de lo ordinario, alterando la experiencia temporal, suspendiendo el tiempo. Nos convoca a la vida en su forma absoluta, desligada de todo presupuesto, abandonada a su fluir originario. Su fútbol es pura presencia, no representable en cuanto tal. Una miscelánea iconográfica, una poética en su forma, un derroche que excede la eficacia y la mera rentabilidad. Frente al masificador fútbol/engranaje, la potencia expresiva de su carácter dionisiaco, energía (o barrilete) cósmica, expresión de esa nietzscheana «gran razón del cuerpo». Frente al poder

1. Video Assistant Referee, el sistema que proporciona asistencia técnica a los árbitros sobre el césped, utilizando para ello las imágenes de cámaras de televisión. [N. del E.].

de la lógica de los sistemas tácticos, cual gramática metafísica trazada en una pizarra, las formas expresivas, la transgresión de lo ordinario. Al Diego, como a Dionisio, no se le puede mirar de cerca, pues uno se convertiría en piedra.

Las autoras y autores que conforman este libro forman parte de diferentes tradiciones políticas; y las reflexiones que contienen sus textos dan cuenta de esa heterogeneidad. No es un libro colectivo al uso, mera yuxtaposición de reflexiones bajo un marco que las alberga. Antes bien, se trata de una hipótesis que se despliega colectivamente. Y esa hipótesis se declina desde diferentes posiciones políticas, a veces más cercanas, otras más distantes y algunas, incluso, irreconciliables. No suele ser muy habitual encontrar que un mismo libro compuesto colectivamente tenga este doble cariz, tanto en lo metodológico como en lo referente a su contenido.

Y creo que es importante decir algo sobre esto último, sobre la capacidad que ha tenido el Diego de reunir aquí a toda esta heterogeneidad inherente al campo político plebeyo. Tal es el carácter «pervasivo» o infiltrante del Diego, que logra «avanzar a través de», «invadir», «penetrar», «cundir». Su gesto plebeyo no sirve para enmarcar una acción colectiva, darle unos contornos y crear una identidad fija, sino que impregna, ilumina, como la marxiana «iluminación general que baña todos los demás colores y modifica su particularidad». Hay siempre una iluminación general que interviene sobre las tonalidades específicas del campo plebeyo, mezclando todos los colores de una época. Y el Diego tiene esa fuerza. Nos ha unido no como líder capaz de guiarnos, sino afianzando lazos de fraternidad; no como el Gran Padre, sino como hermano mayor. Por eso, todos y todas nos hemos sentido algo huérfanos tras su muerte, porque

nos convocaba a un vínculo imaginado. Tal es la fuerza del mito Maradona, no se proyectó sobre la particularidad que somos, sino sobre la universalidad por venir. Y creo que este libro da cuenta de ese gesto metonímico. Y también de ese sentimiento de orfandad. Tal es mi deseo y esperanza: que el gesto del Diego se distribuya.